

## Turismo revolucionario

En las habituales discusiones sobre revisionismo y antirrevisionismo, «conquistas» y «deformaciones», se hace patente una relación abstracta e ideológica de la izquierda europea con los países de régimen socialista. Aquel que presta atención a tales discusiones, a menudo tiene dificultad en localizar las voces que percibe, como si los que discuten fueran ventrílocuos, de cuyo interior hablara una especie de espíritu socialista. Y con ello desaparece del contexto de la conversación lo que debería estar reflejado en primer lugar: el papel de observador que le corresponde a la izquierda occidental en relación con aquellos países en donde el socialismo, aunque no haya encontrado su realización, por lo menos la ha intentado seriamente.

Cualquiera que sea la actitud y la orientación para con dichos países —que abarcan desde la más ciega identificación hasta la más rabiosa crítica—, siempre se emiten juicios *desde fuera*. Ninguno de los visitantes que regresa de un viaje al socialismo es, en realidad, parte integrante del proceso que intenta describir. Este hecho no lo puede ocultar ningún compromiso voluntario, ninguna actitud por muy solidaria que sea, ningún recorrido por plantaciones de azúcar y escuelas, por fábricas y mi-

nas, y mucho menos todavía la alocución pública o el apretón de manos al jefe de la Revolución.

Cuanto menos lo comprenda así el viajero, cuanto menos se ponga en duda a sí mismo, mayor y más justificada será la hostilidad con la que se enfrentará desde el principio. Y la hostilidad será mutua. Por ejemplo como en estas líneas:

#### *Viajeros*

He aquí las ropas de la abundancia,  
mientras más informales, más bellamente escandalosas.  
Títulos universitarios, grandes libros  
especialmente escritos  
para los departamentos de sociología  
de prestigiosas universidades que han pagado  
los gastos.

Las visas las obtienen rápidamente.  
Buenos informes sobre campañas antibelicistas.  
Protestas contra la guerra del Vietnam.  
En fin, son gentes que han elegido  
el curso sano y correcto de la Historia.  
Han tomado el avión contra las leyes,  
pero son los viajeros más cómodos del porvenir.

Se sienten dulcemente subversivos,  
en paz con sus conciencias.  
Sus cámaras Nikon, Leica, Roliflex relucen, perfectamente  
aptas para la luz del trópico,  
para el subdesarrollo.

Las libretas de notas están abiertas  
para los interrogatorios objetivos,  
aunque, claro, sienten un poco ilícito, parcial  
el corazón, porque ellos aman las guerrillas,  
la lucha, la vida a la intemperie  
y el extraño español de los nativos.

En dos o tres semanas ya tienen experiencia  
suficiente para escribir un libro sobre los guerrilleros,  
sobre el carácter cubano (o ambas cosas)  
y sobre la *especificidad* \* del español un poco descarado  
pero excitante de los cubanos.

Todas son gentes cultas, serias, provistas de sistemas,  
de modo que no es raro que regresen frustrados  
por la falta de libertad sexual de los cubanos,  
por el puritanismo *inevitable* de las revoluciones,  
por lo que, finalmente, con cierta melancolía,  
se deciden a llamar *divorcio entre la realidad y la práctica*.

En privado (no en libros ni en conferencias)  
confiesan que cortaron más cañas que el mejor machetero,  
«un tipo constantemente obsesionado por la siesta».  
No ocultan que la gente en los campos prefería bailar,  
que los intelectuales «nada politizados» eran capaces  
de ocuparse hasta en la *poesía*.

La noche del regreso, cuando se acuestan con sus mujeres  
piensan que han adquirido músculos sobrenaturales  
y actúan como negros sencillamente abyectos.  
Sus muchachas, preñadas generalmente cada tres años,  
aplauden a estos maridos inusitados, ahora insaciables.

Durante varios días proyectan diapositivas,  
en las salas oscuras, donde aparece el viajero,  
el héroe de la familia rodeado de cubanos: los guías  
del ICAP \*, flacos y mal vestidos, sonríen a la cámara.  
El montón de nativos abraza fraternalmente al héroe<sup>1</sup>.

Estos viajeros descritos por Heberto Padilla llevan los  
rasgos típicos de los años sesenta. La agudeza de sus ob-  
servaciones, el acierto de sus argumentos quizás sólo pue-

\* La cursiva es del autor. (N. del E.)

\* Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. (N. del E.)

1. Heberto Padilla, *Provocaciones*.

dan ser valorados en toda su profundidad por aquellos que quedan retratados. Pero esa desconfianza que aflora en el texto, no es nueva, tampoco de ayer; existe desde que hay dos sistemas sociales establecidos, y se dirige contra aquellos que se mueven con mayor o menor libertad entre ambos bloques. Y esta desconfianza se ha ido intensificando en el curso de los últimos cincuenta años. Contiene los restos de experiencias pasadas, los recuerdos de actitudes equivocadas, convertidas ya en verdadera tradición entre la izquierda de la sociedad capitalista.

Claro que este fenómeno no puede quedar superado con una mera polémica. (Incluso el texto de Padilla contiene una oculta ambivalencia.) Ya esos mismos efectos objetivos producidos a través de las décadas por los viajes hacia el socialismo, exigen un análisis más detallado. Tales efectos naturalmente no están basados en la significación de los viajeros, que más bien no se encontraban a la altura de su papel, ni en el peso de sus observaciones (por lo general superficiales) y argumentos (a menudo gastados).

La premisa de que los citados viajeros y sus informes tuvieran tanta importancia en el pasado y que, antes como ahora, aunque en menor grado, desempeñan un importante papel, era y sigue siendo el aislamiento de los países de régimen socialista frente al mundo exterior. Este aislamiento es un factor de la lucha internacional de clases, y según la línea seguida por ésta, ha adoptado las más diversas formas desde 1917: bloqueo, ostracismo, cordón sanitario militar, «telón de acero», construcción del muro, etc. Este estado de cosas tiene sus correspondencias puramente administrativas en limitaciones de viaje, distintas formas de censura, prohibiciones de emigración y complicados procedimientos de autorización de todo tipo. No es éste el lugar de analizar hasta qué punto tales medidas estaban condicionadas por las necesidades de la transformación socialista, hasta qué punto se han ido consolidando burocráticamente y son política-

mente rancias. Tampoco puede llegarse a una decisión de principio acerca de esta cuestión que sea válida para siempre.

En cada caso las consecuencias son de gran peso. La corriente de comunicación entre los países de gobierno socialista y el mundo exterior sufre una interferencia. El socialismo se convierte en asunto de secreto interno, sólo accesible a aquellos que tienen la ocasión de poder echar una mirada tras la fachada mixtificadora. La ignorancia y la manipulación se convierten en regla. Estas consecuencias no afectan sólo o preponderantemente al enemigo de clase. Por el contrario: los gobiernos y monopolios del mundo capitalista disponen de servicios de inteligencia y espionaje capaces de equilibrar el déficit de información. La izquierda, por el contrario, al no querer conformar con las informaciones y deformaciones de los medios de comunicación social burgueses, tiene que echar mano de unas formas más anticuadas de comunicación. Entre ellas desempeñan un papel preponderante el viaje, la visita, la propia inspección ocular. Las fuentes de error de este tipo de información son evidentes, e intentaremos nombrarlas. Visto en conjunto, resulta por lo menos paradójico que cuando los movimientos socialistas de Occidente querían saber algo acerca de las formas de vida y de producción colectivizadas, tuvieran que fiarse en la mayoría de los casos de opiniones individuales, y que tuvieran que informarse acerca de enormes procesos de industrialización a través de mensajeros, esto es, a través de unos portadores preindustriales y casi artesanos de la información. Así no es de extrañar que los viajeros ofrecieran bien a menudo un aspecto ridículo. Pero las diferencias de la transmisión de informaciones no son exclusivamente imputables a ellos. Tienen unas causas objetivas.

Hoy en día, cuando las viejas dificultades no han desaparecido, pero sí se han hecho superables para muchos países de la Europa oriental; hoy, cuando casi cualquiera de nosotros puede viajar según le plazca a la URSS, a



Bulgaria, a la República Democrática Alemana o a la República Socialista Checoslovaca, la crítica contra el viajero incluso se torna contra aquellos que se quedan en casa. Entre la izquierda europea occidental está ganando terreno una ausencia de curiosidad que, a primera vista, resulta sorprendente y que requiere por lo menos una explicación. Muchos militantes izquierdistas viajan año tras año a Cerdeña, a Grecia o a Amsterdam; por el contrario, rehuyen tenazmente el contacto con la realidad húngara o ucraniana. También tales estrategias de evasión tienen sus antecedentes. Ya en los años treinta y cuarenta muchos comunistas consideraron preferible evitar en lo posible cualquier estancia en la URSS —a la que ensalzaban en sus escritos como la patria auténtica de todos los obreros—, aunque este país estuviera en todo momento abierto para ellos. Claro que para dicha actitud tuvieron unas razones mucho más sólidas que los actuales viajeros. Bertolt Brecht, por ejemplo, durante su viaje de Finlandia a California sólo estuvo unas pocas semanas en la URSS y evitó en lo posible el contacto con la realidad soviética, evidentemente para no correr ningún riesgo. Pero el actual temor de contacto por parte de numerosos compañeros tiene otras razones. Entre aquellos que realizan un trabajo político activo, no puede considerarse como un simple desinterés. Lo que temen quienes se quedan en casa son más bien sus propios presentimientos, por lo visto malos. Para no poner en peligro sus frágiles convicciones, procuran en lo posible que no entren en contacto con la realidad de los países socialistas.

Esto no quiere decir que los demás se desprenden de su miedo cuando viajan hacia el socialismo. Por el contrario: el mismo temor que obliga a aquellos a quedarse en casa, lo acarrea éstos a todas partes como una alforja. Forma parte de su equipaje moral. También los curiosos han desarrollado durante los últimos cincuenta años unos mecanismos de profilaxis, con el fin de suavizar el choque, siempre inevitable, cuando una realidad meramente

imaginada coincide con una realidad histórica. El primero en darse cuenta de este fenómeno fue León Trotsky:

«El mercado librero de todos los países civilizados está hoy plagado de obras sobre la Unión Soviética. (...) La literatura dictada por un ciego odio reaccionario ocupa cada vez un menor espacio. Por el contrario, una parte bastante numerosa de los escritos más recientes sobre la Unión Soviética adquiere un carácter cada vez más benévolo, cuando no fascinado. (...)

»Por su tipo, tales publicaciones de los amigos de la Unión Soviética se dividen en tres categorías principales. La masa de los artículos y libros es un periodismo diletante del género descriptivo, reportajes más o menos izquierdistas. A su lado, aunque con mayores pretensiones, se alinean las publicaciones del 'comunismo' humanitario, pacifista y lírico. Y en tercer lugar está la esquematización económica según el espíritu del socialismo teutónico de cátedra. (...)

»Lo que une a estas tres categorías, a pesar de todas sus diferencias, es su reverencia ante unos hechos consumados y su predilección por generalizaciones tranquilizadoras. Son incapaces de rebelarse contra su propio capitalismo, por lo que con mayor diligencia se apoyan en una revolución extraña, que ya vuelve a su cauce normal. Antes de la Revolución de Octubre, ni una sola de tales personas o de sus padres espirituales había llegado a pensar en serio de qué forma podría nacer el socialismo. Y así les resulta extremadamente fácil aceptar lo existente en la URSS como socialismo. Esto no sólo les da el sello de hombres progresistas, sino también una cierta consistencia moral, sin obligarles a nada a cambio. Esta clase de literatura contemplativa, optimista, en absoluto destructiva, que cree haber de-

jado atrás todas las penas, ejerce una influencia muy tranquilizadora en el lector, por lo que goza de una benévola audiencia. De esta forma se está constituyendo imperceptiblemente una escuela internacional, a la que habría que denominar *bolchevismo para la burguesía ilustrada*, o bien, en sentido más estricto, *socialismo para turistas radicales*.»<sup>2</sup>

Ahora bien, el análisis de Trotsky no considera un aspecto que, sin embargo, posee un significado decisivo: el *lado institucional*, sin el cual no podría comprenderse en absoluto el turismo revolucionario. Quien pasa por alto dicha faceta, desembocará tarde o temprano en una contemplación moralizadora, que se fija en el carácter de determinadas personas. Por esta vía se puede descubrir naturalmente que X es ingenuo, Y corrupto y Z un hipócrita. Pero con ello nada o muy poco se habrá explicado.

La base institucional del turismo «radical» o «revolucionario» es el *sistema de delegaciya*. En realidad, *delegaciya* no significa más que «delegación». Pero esta palabra ha adquirido en ruso un significado especial y designa a los viajeros oficiales de todo tipo, incluso si viajan solos o en grupos muy reducidos. Y para ser designado con este nombre, no es en absoluto necesario que el viajero haya sido delegado o elegido por alguien para realizar el viaje.

Los siguientes factores son constitutivos del sistema de *delegaciya* cuando se trata de viajeros procedentes del extranjero:

1.º El *delegado* no realiza el viaje por su cuenta. Se le invita. Los gastos de su desplazamiento no los costea generalmente por sí mismo. Es huésped, y en consecuencia está sometido a las leyes tácitas de la hospitalidad.

2. León Trotzky, *La revolución traicionada*.

Esto puede conducir en sentido material a la corrupción, y en sentido moral al desarme de la crítica.

2.º El *delegado* tiene que vérselas con unos anfitriones que vienen a ocupar un lugar monopolizador. También en los países capitalistas hay viajes pagados; gobiernos, organizaciones y empresas suelen invitar especialmente a los periodistas, procedimiento que es aceptado ya como elemento normal de las «relaciones públicas». Pero por regla general el interesado no depende de tales viajes, pues, si quiere, también puede viajar sin ellos. Por el contrario, en los países socialistas la invitación en calidad de *delegado* era (en todos) y es (en algunos) la única posibilidad de obtener visados, divisas, alojamiento y medios de transporte.

3.º El *delegado* goza en cualquier sentido de privilegios frente a los residentes. En cualquier situación de carencia o restricción goza de preferencia frente a la población: para él se reservan habitaciones en los hoteles y asientos en todos los medios de transporte, se pone a su disposición automóviles y chóferes, durante las estancias prolongadas se le ofrece la posibilidad de realizar compras en establecimientos especiales, se le consiguen entradas para espectáculos vedados a los demás, y a menudo se pone a su disposición considerables sumas de dinero.

4.º El *delegado* está atendido constantemente por una organización. No tiene ni debe preocuparse por nada. Por regla general se le asigna un acompañante personal, el cual desempeña las funciones de intérprete, cicerone, chica para todo y vigilante. Casi todos los contactos con la realidad del país se establecen a través de este acompañante, que al mismo tiempo deja también bien patente la segregación del *delegado* ante la realidad social que le rodea. El acompañante es el responsable del *programa* del viajero. No existen viajes sin programa. Aunque el huésped puede exponer sus deseos al respecto, siempre depende de la organización que le ha cursado la invita-

ción. En este sentido se le trata como a un menor de edad. Tanto los halagos como la impotencia recuerdan situaciones infantiles. La situación de dependencia de esos visitantes puede agravarse hasta llegar al total desamparo. Parece como si esto estuviera en el interés de las organizaciones responsables. En los países de régimen socialista existen instituciones especializadas en el desempeño de tales tareas; por regla general se denominan «sociedades para la amistad entre los pueblos» o algo parecido. Pero también todas las demás instituciones, desde el aparato estatal y del partido hasta la liga femenina, cuentan con secciones especiales al servicio de los huéspedes.

El sistema de *delegaciya* es un invento ruso. Sus comienzos pueden fecharse a principios de los años veinte. No es de suponer que ya de entrada se tuviera la intención de ocultar la realidad a los visitantes extranjeros y colocarlos en una situación que necesariamente tenía que conducirlos hacia una pérdida de la realidad. Quien así supone, diaboliza un contexto complicado en el sentido de una conspirativa teoría de intrigantes, que ni tan sólo es completamente aplicable hoy en día, cuando se ha hecho tan difícil distinguir entre cinismo y experiencia. Porque la realidad es que, incluso hoy, el *delegado* recibe en Georgia y China, en Hungría y en Cuba continuas muestras de una hospitalidad espontánea y sincera. Y los espectáculos que se celebran para él no sólo sirven para tenerlo bajo tutela, sino también para evitar situaciones para las cuales quizás no estaría preparado. Esto es válido en especial para la época de la guerra civil rusa, para aquella época de nacimiento del sistema, cuando a un extranjero le habría sido casi imposible viajar solo por Rusia sin correr peligro de morir de congelación, de inanición o fusilado.

Pero esta sólo es una cara de la moneda. Hay que tener también muy en cuenta que jamás y en ninguna parte se ha inventado un sistema más barato y eficaz de ejercer

influencia en el mundo exterior que el sistema de *delegaciya*. Y ésta es a buen seguro la razón por la cual dicho sistema, partiendo de Rusia, ha conquistado medio mundo.

Unos cuantos ejemplos de la época de su origen nos muestran su eficacia. El primer relato se debe a Victor Serge y se refiere al año 1920.

«El II Congreso de la Internacional Comunista prosiguió sus tareas en Moscú. Los colaboradores y delegados extranjeros vivían en un hotel del centro, el Dielovoy Dvor, situado al final de una amplia avenida, uno de cuyos flancos lo formaban los muros almenados del Kitay-Gorod. No lejos de allí, unos portales medievales bajo una vieja torrecilla conducían a la Varvarka, donde se encuentra la legendaria casa del primer Romanov. Desde allí fuimos al Kremlin, una ciudad dentro de la ciudad, donde todas las puertas de entrada estaban custodiadas por guardias, que controlaron los pases. Allí, en los palacios de la autocracia, rodeados de templos bizantinos, celebraba sus reuniones el doble poder de la Revolución: el gobierno de los soviets y la Internacional. La única ciudad que los delegados extranjeros no llegaron a conocer —y me asombra esta falta de curiosidad— fue el Moscú vivo, con sus racionamientos, sus especulaciones. Alimentados opíparamente en medio de la miseria general (a pesar de que se les servía demasiados huevos pasados), conducidos desde los museos hasta los ejemplares jardines de infancia, los delegados del socialismo mundial daban la impresión de que estuvieran pasando unas vacaciones o como si viajaran como turistas por nuestra desangrada y sitiada República. Descubrí así una nueva forma de inconsciencia, la inconsciencia marxista. Un dirigente del Partido alemán, Paul Levi, deportivo y confiado,



me dijo con sencillez que para un marxista 'no tenían nada de sorprendentes las contradicciones internas de la Revolución rusa'. Y sin duda eso era verdad, pero esta verdad general la utilizó a modo de pantalla para evitar la contemplación directa de la realidad, que a pesar de todo tiene su importancia. La mayoría de los marxistas bolchevizados de izquierda adoptaron esta actitud arrogante. Las palabras 'dictadura del proletariado' explicaban para ellos de forma mágica todas las cosas, sin que se les ocurriera preguntarse dónde estaba ese proletariado dictatorial, qué pensaba, sentía, hacía.

»En su conjunto, los delegados extranjeros constituían una masa desilusionadora, que en un país hambriento gozaba con éxtasis de valiosos privilegios, presta a la admiración y vaga para la reflexión. Se veía entre ellos pocos obreros, pero numerosos políticos. '¡Qué felices se sienten de poder contemplar por fin los desfiles desde las tribunas oficiales!', me dijo Jacques Mesnil.»<sup>3</sup>

A aquella misma época corresponden las observaciones de Franz Jung:

«El hambre también se hizo presente en el cuartel general de la Internacional, el Hotel Lux. En aquellos años de posguerra casi toda la élite intelectual y la élite política allegada al socialismo fue presentada al Kremlin a través del Hotel Lux: huéspedes de honor de los gobiernos, simpatizantes a quienes se les había sugerido el peregrinaje a Moscú, así como militantes destacados de los distintos partidos socialistas citados a Moscú.

»En las semanas de mayo de 1920 se desmoronó por completo el aparato de aprovisionamiento del

3. Victor Serge, *Profesión: revolucionario*.

Hotel Lux. Los distinguidos huéspedes estaban sentados junto a larguísimas mesas en el gran comedor, pero no podían consumir absolutamente nada, excepto té, que cada cual podía servirse personalmente del samovar; los había en cada mesa. Varias veces al día, pero no según un horario regular, fueron colocadas en las mesas grandes fuentes llenas de caviar, acompañadas de otras con salmón ahumado. Pero ninguna rebanada de pan, ninguna *kasa*. Todo aquél que tomaba con paciencia sus tazas de té, podía estar seguro de tener en el curso del día su ración de salmón y caviar.

»Los huéspedes distinguidos se comportaron en aquella época de forma poco contenida; la mayoría de ellos debieron haberse estropeado el estómago con caviar y salmón. Su conversación giró en torno a la cuestión de que, si ellos mismos se encontraran a la cabeza de una Revolución victoriosa en su propio país, el aprovisionamiento estaría mejor organizado, ante todo en los alojamientos de los huéspedes del gobierno como lo era el Hotel Lux; ya tendrían ellos buen cuidado de que fuera así. Este tema de conversación se repetía desde la mañana hasta la noche, bebiendo té ante el humeante samovar, a la espera de las siguientes fuentes de caviar y de los platos de salmón ahumado.»<sup>4</sup>

Siete años más tarde los contrastes dentro de la sociedad soviética se agudizaron todavía más, y la ceguera de determinados visitantes adoptó rasgos grotescos:

«Todos los oponentes de 1927 han continuado de diferente forma hasta el término de su camino, tanto si habían decidido dejarse humillar de continuo por fidelidad al partido, o por fidelidad al socialismo...

4. Franz Jung, *Der Weg nach unten* (Neuwied, 1961, pág. 169).

»Qué contraste más brusco con esos hombres podía verse en los extranjeros, famosos escritores, delegados políticos, huéspedes liberales de rango, que en aquellos días celebraban en Moscú el X aniversario de la Revolución. ¡Y querían impartirnos lecciones de acierto! Paul Marion (el futuro subsecretario de estado de un gobierno Petain), miembro del CC del PC de Francia, iba repartiendo en Moscú sus chismes de bulevar, sabía apreciar a las jóvenes rusas, e intentó explicarme que nosotros éramos unos utópicos y que él veía muy bien los fallos del movimiento comunista, pero que seguía dentro de él, porque se trataba a pesar de todo de la única fuerza... Ese hombre no era nada más que un francés medio muy despierto —sin inteligencia—, que se esforzaba ante todo en evitar cualquier compromiso. En resumen: venal. (...)

»Encontré a Barbusse, con quien sostenía contacto epistolar, en el Hotel Metropol, vigilado por un secretario-intérprete (de la GPU) y ayudado por una hermosísima muñeca como secretaria... Yo venía de las habitaciones llenas a rebosar de los suburbios, donde cada noche desaparecían compañeros, yo veía los ojos de sus compañeras, demasiado enrojecidos y nublados por el miedo, de modo que no podía estar demasiado inclinado a la indulgencia con los grandes huéspedes oficiales del extranjero, que realizaban una gira por nuestro país. Sabía además quién había sido expulsado del hotel para que el gran escritor pudiera disponer de alojamiento... Barbusse tenía un enorme cuerpo delgado y elástico, sobre el cual se asentaba una pequeña cabeza de cera y mejillas hundidas, con los labios de un hombre doliente. Ya a los pocos instantes lo veía completamente diferente, ante todo muy preocupado por no comprometerse, por no ver aquello que pudiera comprometerle en contra de su voluntad,

preocupado por ocultar pensamientos que no podía manifestar de palabra, sustrayéndose a toda pregunta directa, esquivando siempre con la mirada perdida, describiendo con sus delgadas manos círculos en torno a palabras confusas como 'gradiosidad', 'profundidad', 'incremento'. Y todo ello, para convertirse en cómplice de los más fuertes. Como todavía no se sabía si la lucha intestina ya había quedado decidida, acabada de dedicar un libro a Trotsky, pero no se atrevió a visitarlo, para no comprometerse. Cuando le hablé de la represión, hizo como si le doliera la cabeza, como si no comprendiera, como si se alzara a maravillosas alturas: 'Trágico destino el de las revoluciones, grandiosidad, profundidades, sí, sí... ¡Ah, amigo mío!' Con una especie de espasmo en la mandíbula tuve que comprobar que me hallaba frente a la encarnación de la hipocresía.»<sup>5</sup>

A buen seguro todos estos ejemplos permitirían desarrollar una psicología comparada de tales «amigos de la Unión Soviética» y otros países, así como de sus créditos oyentes en casa. Pero para alcanzar un significado político, dicho análisis debería ir más allá de las particularidades individuales, para buscar los factores históricamente condicionados de su pensamiento iluso, de su ceguera a la realidad, y de su corrupción. No se trata de comprobar que «el hombre es malo», sino por qué razones y de qué forma unos socialistas declarados han permitido el chantaje político, la extorsión moral y la ofuscación teórica. Y no sólo de forma individual, sino a montones. Como es natural, un balance de este tipo no puede apoyarse únicamente en el análisis del «turismo radical», pues este fenómeno no es más que una parte de este síndrome.

5. Victor Serge, op. cit.



Volvamos, por lo tanto, al aspecto objetivo, institucional, del sistema de los *delegados*. El ejemplo citado en último lugar muestra cómo cambió el sistema entre 1920 y 1927, pasando de unos inicios toscos a un aparato extensamente ramificado y muy diferenciado. Al fin y al cabo, Henri Barbusse no era ningún militante comunista; ningún CC le había enviado al Komintern de Moscú. Se le dispensó el recibimiento de un huésped del estado, a pesar de que no representaba más que a su propia persona. Resulta incluso dudoso hasta qué punto se le puede considerar con justicia como «izquierdista», porque según su posición social, sus hábitos, sus actos y sus pensamientos era más bien un típico representante de la burguesía intelectual. Y precisamente este hecho fue de gran utilidad para los gobernantes soviéticos de aquella época. A medida que las burocracias socialistas aprendieron a calcular mejor tales efectos tácticos, utilizaron cada vez en mayor medida el «turismo revolucionario» como instrumento político al servicio de sus fines.

Entonces se hizo inevitable que el sistema de *delegación* se montara por diferentes vías. Múltiples categorías de visitantes, desde el periodista reaccionario, pasando por el benemérito militante del Partido, hasta el secretario de ultraizquierda fueron canalizados a través del país por medio de diferentes organizaciones, de diferentes canales, y con unos privilegios cuidadosamente graduados. Arthur Koestler, un renegado que conoce a fondo estas cosas, describe cómo funciona en la práctica este sistema:

«En aquella época, el lugar ocupado por un escritor estaba casi en el último escalón de la jerarquía. Pero yo no era un escritor corriente. Yo tenía una organización propia, MORP, y como estaba asociada al Komintern, tenía su lugar aproximadamente en el centro de la pirámide. Además, yo era militante del Partido, lo cual mejoraba todavía más mi posición. Pero sólo era militante del Partido alemán y

no del ruso, lo cual volvía a empeorar este rango. Sin embargo, me encontraba en posesión de una carta de AGITPROP CEIC (Sección de Agitación y Propaganda del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista), lo cual volvía a mejorar considerablemente mi categoría.

»Este tipo de cartas de recomendación oficiales constituyen en la URSS una especie de salvoconducto. Gracias a ellas, el ciudadano obtiene pases, alojamiento en hoteles, bonos de alimentación, etc. En consecuencia, tales misivas son redactadas de forma muy cuidadosa y graduando muy bien los adjetivos de forma que quede de manifiesto con toda exactitud la categoría del portador y la prioridad adecuada a su persona. Yo poseía una carta de peso, firmada personalmente por la compañera Gopner, directora de la AGITPROP CEIC, en donde se me identificaba como delegado de la Liga de Escritores Revolucionarios Proletarios de Alemania, visitando Rusia por invitación expresa del Komintern.

»Por otra parte, yo era corresponsal burgués en el extranjero de diversas publicaciones importantes, y como tal me encontraba acreditado en la sección de prensa del NARKOMINDYEL, el ministro de Asuntos Exteriores. Ello me colocaba en uno de los más altos escalones, por así decirlo, en otra cara de la pirámide. Con ello tenía acceso a los hoteles INTOURIST, dondequiera que estos existieran; me autorizaba a utilizar la clase «blanda» de los trenes, así como a proveerme de alimentos en INSNAB, la cooperativa reservada al cuerpo diplomático, la prensa extranjera y los asesores industriales extranjeros. No me gustaba hacer uso de tales privilegios burgueses, pero como que viajaba solo y por regiones azotadas por el hambre, a menudo era ésta la única posibilidad de obtener alimentos y alojamiento.

»Evité cuidadosamente mostrar mi carnet burgués del NARKOMINDYEL en las oficinas del Partido, en las fábricas y menos aún a mis compañeros de viaje, pues ello habría despertado en seguida su desconfianza y sospecha. Por otra parte, a los directores de hotel, empleados de ferrocarril y encargados de las cooperativas de alimentación nunca les enseñé mi carta de recomendación del Komintern, pues ello me habría privado del trato de preferencia que se da a los turistas burgueses por razones de propaganda. Esta especie de doble personalidad no se consideraba deshonrosa. Sólo reflejaba el dualismo radical entre la línea NARKOMINDYEL y la línea del Komintern, el segundo aspecto de la URSS: como estado respetable y como centro secreto de la revolución mundial. A todo militante del Partido se le inculcaba desde el principio darse cuenta de esta dualidad a cada instante.

»Simbólicamente viajé por lo tanto en doble calidad, con un tipo de documentos en el bolsillo derecho y otro tipo en el izquierdo. Nunca llegué a confundirlos, después de que me había inculcado que el Komintern estaba a la izquierda.

»Pero incluso con ayuda de todo esto, el viajar solo me hubiera resultado imposible sin la ayuda de la única organización que funciona realmente en toda Rusia: la GPU. En cada estación de ferrocarril de la URSS había una comisaría de la GPU, que procuraba establecer un mínimo de orden en el caos general. La misión de la GPU de las estaciones no consistía en la vigilancia política, sino en hacer las veces de oficina de viajes y de información para los viajeros extranjeros. Cuando me apeaba del tren en cualquier ciudad, me dirigía directamente a la GPU, mostraba mis papeles y se me daba la información rutinaria vital, que ningún viajero puede obtener si no cuenta con una organiza-

ción: un cuarto o una cama, bonos de alimentos, y transporte. Mis fiadores eran el Komintern y el Ministerio de Asuntos Exteriores, ninguno de los cuales contaba con oficinas en las poblaciones pequeñas. Por ello era siempre la GPU la que cuidaba de mí, hasta que podía ponerme a disposición del lento comité local del Partido o del hostel gubernamental. Como queda dicho, la GPU era la única organización que funcionaba en todos los lugares del país.»<sup>6</sup>

Gran parte de los intelectuales europeos se dispuso entre 1925 y 1939 a ir en busca del tiempo futuro, tal como lo había hecho Arthur Koestler. La literatura producida por esos «amigos de la Unión Soviética» debe su enorme difusión a una necesidad masiva de utopías concretas, que por aquel entonces parecían encarnarse en la URSS. El lector de tales libros no era solamente el proletariado encuadrado en los partidos comunistas, sino también y ante todo los intelectuales pequeñoburgueses y la nueva «clase media» de los empleados, que sentían amenazada su existencia por el capitalismo. En este sentido eran precisamente los rasgos burgueses del «turismo radical» que aseguraron a sus adeptos un público amplio. Cuanto más eufórica, mayor era la bienvenida dispensada a dicha literatura: sus ilusiones, que a nosotros quizás nos parezcan defectos, quizás fueron la base de su éxito.

Claro que nunca reclamó el terreno para sí misma. Puesto que se habla aquí del turismo de izquierda, o de «izquierda», prescindiremos de la avalancha de panfletos antisoviéticos producidos en Occidente durante los años que siguieron a la Revolución de Octubre. Es natural que las guerras de intervención y las presiones económicas y políticas encontraran su complemento en la prensa, la literatura y la cinematografía; que el capitalismo no des-

6. Arthur Koestler, *Temprana indignación. Escritos autobiográficos*.

cuidara las contraofensivas propagandísticas. Pero también la izquierda ha producido, al lado de la literatura de las ilusiones, documentos de desilusión, incluso de crítica vehemente de las condiciones soviéticas. Tales testimonios ya aparecieron a principios de los años veinte. Fueron ante todo los anarquistas quienes aparecieron pronto con informes empíricos, que echaron una luz crítica sobre el desarrollo de la URSS. Buenos ejemplos de este tipo los tenemos en los libros de Rudolf Rocker (*My Disillusionment in Russia*, New York, 1923), Alexander Berkman (*The Bolshevik Myth Diary 1920-1922*, New York, 1925) y Emma Goldman (*Living My Life*, New York, 1934). Claro que estos informes son de una época en la que todavía no existía el sistema de *delegaciya*, y por otra parte sólo fueron leídos por pequeñas minorías.

El primer renegado de entre los «turistas radicales» debió ser probablemente el escritor franco-rumano Panait Istrati. En su calidad de presidente honorario de la Sociedad de Amigos de la Unión Soviética, con ocasión del X Aniversario de la Revolución de Octubre, fue invitado a Moscú, donde recibió honores de huésped del estado. Su desengaño lo plasmó en el informe *Après seize mois en URSS*, publicado en 1929 en París. En él muestra esa transformación característica, de un extremo al otro, que es causa de numerosas declaraciones anticomunistas que antiguos peregrinos de Moscú siguen haciendo hasta hoy. Ningún argumento enturbia la locuacidad; la nueva repugnancia no es más que el reverso de la antigua fe ciega, con el mismo desamparo emocional e ignorancia política. Con una calma total, Istrati afirma:

«La historia no coloca al mundo obrero ante el dilema de tener que decidirse entre el socialismo para dentro de quince años, o desear la libertad para ahora mismo.»<sup>7</sup>

7. Panait Istrati. Citado según Jürgen Rühle, *Literatur und Revolution. Die Schriftsteller und der Kommunismus* (München, 1960, página 402).

Claro que la obra de Istrati sólo era la burda precursora de toda una ola de reportajes y análisis críticos que durante los años treinta se propagó contra el panegírico de la URSS stalinista. La más sensacional de todas aquellas renunciaciones fue la de André Gide.

Este famoso, que ingresó a la edad de 63 años en el Partido Comunista, participó de forma activa en las luchas que en 1936 dieron vida al efímero Frente Popular. Aquel mismo año viajó a Moscú como huésped de la Liga de Escritores Soviéticos, visitando desde allí extensas zonas de la URSS. Los dos libros que publicó tras su regreso, *Retour de l'URSS* (París, 1936) y *Retouches à mon retour de l'URSS* (París, 1937), alcanzaron el impacto de una bomba y en el plazo de un solo año se vendieron más de 100.000 ejemplares y se editaron traducciones en quince idiomas.

¿Qué le había ocurrido a André Gide en Rusia? Nada más que aquello que ya había sorprendido a sus predecesores. Sólo que Gide no era Barbusse, muy al contrario. Por vez primera el sistema de *delegaciya* se vengó de sus inventores:

«En Rusia realmente no me extrañó tanto la imperfección de las cosas, sino que de inmediato volví a encontrar allí los privilegios de los cuales había querido huir, los favoritismos cuya desaparición tanto había deseado. Aunque quizás fuera natural que se recibiera a un huésped lo mejor posible, enseñándole por doquier lo mejor, sin embargo me asustó el abismo entre esta ostentación y lo usual: la exageración de los favores concedidos, en comparación con la situación general tan mediocre o mala. (...)

«Ciertamente me doy cuenta de todas las ventajas que el gobierno soviético puede sacar al halagar a artistas y literatos, a todos esos posibles bardos de su gloria (sin que ello tuviera que sentirse direc-



tamente como «intento de soborno»); pero con la misma claridad también me doy cuenta de las ventajas que puede sacar el literato que se someta a un sistema que tanto hace por favorecerle. Y de inmediato tomo mis precauciones. Temo dejarme seducir. Las excesivas ganancias que se me ofrecen allí me producen miedo. Yo no fui a la Rusia soviética para encontrarme de nuevo con privilegios. Pero allí me esperaron, totalmente inconfundibles.

»¿Y por qué no habría de contarlo?

»Los periódicos de Moscú me hicieron saber que en unos pocos meses se habían vendido más de 400.000 ejemplares de mis libros. Ya puede calcularse el tanto por ciento por derechos de autor. ¡Y los artículos tan fabulosamente pagados! Si hubiera escrito una loa de la URSS y de Stalin, ¡qué lluvia de oro!...

»Tales observaciones no habrían evitado mi encomio, como tampoco evitarán mis objeciones. Pero confieso que el increíble privilegio (único en Europa) que se concede a todas las 'plumas', siempre que escriban de 'buena' fe, ha contribuido no poco a despertar mi recelo. De todos los obreros y artesanos de la URSS, los literatos son los más privilegiados. Dos de mis compañeros de viaje (ambos tenían en curso la traducción de una obra) recorrieron todas las tiendas de anticuarios, de objetos raros, con el fin de sacarse de encima los miles de rublos que habían recibido en concepto de anticipo por derechos de autor (y que no se les permitía sacar del país). En lo que a mí respecta, me fue imposible cambiar un enorme fajo de billetes, pues todo me fue ofrecido gratis. Sí, todo: desde el mismo viaje hasta los cigarrillos. Cada vez que sacaba mi cartera para pagar alguna comida o la estancia en un hotel, sellos o un periódico, me retuvo la amable sonrisa y enérgica intervención de nuestra guía:

«¡Está usted bromeando! Es usted nuestro huésped, y con usted sus cinco acompañantes.»

»Es cierto que durante toda la duración de mi estancia en Rusia no tuve ocasión de quejarme de nada. Y de todas las maliciosas interpretaciones que se han inventado para restar fuerza a mis objeciones, el intento de hacerlas aparecer como producto de un disgusto personal es la más absurda. Jamás había viajado con anterioridad de forma tan lujosa, en vagón especial de tren o en los mejores automóviles, siempre las mejores habitaciones en los mejores hoteles, la mesa más y mejor servida. ¡Y qué recibimiento! ¡Qué atenciones! ¡Qué deferencias! Por doquier alabado, favorecido, celebrado. Nada parecía demasiado bueno, demasiado valioso para serme ofrecido. Habría sido un gesto desagradecido si hubiera querido rechazar toda esta hospitalidad; no pude hacerlo, y conservo mis mejores recuerdos por tales gestos, un vivo reconocimiento. Pero precisamente tales muestras de simpatía me recordaron siempre de nuevo el favoritismo y las diferencias, allí donde yo había esperado encontrar la igualdad.

»Cuando, escapando a duras penas del control y el nebuloso círculo oficial, podía charlar por fin con los obreros que trabajaban a destajo por sólo cuatro o cinco rublos al día, ¿qué impresión había de producir en mí el banquete celebrado en mi honor y del cual no podía liberarme? Un banquete casi diario, donde la exuberancia de los entremeses era tal, que uno ya se sentía satisfecho antes de que comenzara la comida propiamente dicha. Unas comilonas de seis platos, que duraban más de dos horas y le dejaban a uno completamente agotado. ¡Qué gastos! Como nunca pude ver ninguna cuenta, me resulta imposible cifrar su importe. Pero uno de mis compañeros de viaje, buen conocedor de los pre-

cios, opinaba que cada uno de aquellos banquetes, incluyendo vinos y licores, venía a costar bastante más de trescientos rublos por persona. Bien, pues nosotros éramos seis compañeros de viaje (con nuestra guía, siete) y a menudo nuestros huéspedes nos igualaban e incluso superaban en número.»<sup>8</sup>

La crítica que Gide realiza de la sociedad soviética está basada en muchos aspectos en unas premisas totalmente burguesas. Esto se ve muy claro cuando se queja de la «uniformidad» del país y se lamenta de que a sus habitantes les falte la «nota personal». Y cuando comprueba, por ejemplo, que las «propiedades particulares» de los ciudadanos soviéticos dejan mucho que desear, y cuando encima parece escandalizarse por ello, ya comienza a rayar en la comicidad involuntaria. Brecht hizo por entonces algunas observaciones al respecto, que, más allá del caso Gide, debería hacer pensar a todo el «turismo revolucionario» en conjunto:

«El escritor francés André Gide ha enriquecido el gran libro de sus confesiones con un nuevo capítulo. Incansable Ulises, nos ha ofrecido el relato de una nueva odisea, pero sin podernos revelar a bordo de qué nave ha sido redactado el informe ni qué rumbo lleva.

»Cualquier observador de sus apuntes de la época en que preparó su último extravío, tuvo que mirar con temor su partida hacia el nuevo continente, aplaudiéndolo como individualista, ante todo como individualista.

»Zarpó como alguien que busca una nueva tierra, cansado de la vieja, sin duda deseoso de poder escuchar su propio grito de alegría. Pero lo que realmente estaba oteando, era su nueva tierra; no una

8. André Gide, *Retouches à mon retour de l'URSS*.

tierra desconocida, sino una ya conocida; no un país construido por otros, sino por él mismo, y concretamente en su cabeza. No llegó a avistar dicha tierra. Por lo visto no está en este planeta.

»Partió sin previa preparación. Pero no resultó intacto. A su regreso, no sólo había polvo en sus botas. Ahora está desengañado. Pero no porque no exista su tierra, sino porque este país no lo sea. Y él se disgusta con este país. Hay que comprenderlo: a su regreso no estuvo en condiciones de poder decir: ese país es así y así, sus gentes hacen eso y aquello, no lo comprendo del todo. Gide esperó de sí mismo un juicio, él mismo se encontraba entre la multitud que alzaba la vista hacia él. Seguramente que desde un principio no tuvo la intención de describir cómo es ese país, sino cómo es él, y eso se podía hacer con rapidez; este librito ha sido escrito muy rápido. Se sentó y escribió: (...)

»'La felicidad de todos consiste evidentemente en la despersonalización. La felicidad de todos sólo se alcanza a costa del individuo. Para ser felices, tenéis que uniformaros.'

»Aquí se plantea por lo tanto la cuestión del bienestar del hombre. Y es verdad: es probable que jamás haya existido un régimen que con tanta tranquilidad permitiera como criterio de su actuación la pregunta de si los ciudadanos eran felices, todos ellos. Gide se da cuenta de su felicidad, la narra en muchos pasajes de su relato, pero al mismo tiempo duda si eso que aquí aparece como felicidad realmente es felicidad, si es eso que él siempre había calificado como felicidad. Ha visto personas contentas, en gran número, pero estaban 'despersonalizadas'. Estaban contentas, pero uniformes. No les faltaba nada para la felicidad, pero a Gide le faltaba algo. De esta forma no logró ningún conocimiento nuevo acerca de la felicidad, excepto que quizás



se trataba de un fenómeno deficiente. La realidad que él vio, no le deformó la escala que había llevado consigo y con la cual regresó. No volvió contento, pero sí como una personalidad. También aquello que él llamaba personalidad, lo seguirá llamando así. Sólo que ha visitado un país donde ésta faltaba: una sexta parte de la Tierra.

»Bien, es un escéptico, como muchos grandes críticos. Aunque su escepticismo no esté generalizado, dirigido hacia todas partes. Se trata de un escepticismo algo especial, a saber, el de su clase, la clase burguesa.

»La burguesía es escéptica frente a las demás clases. Frente al concepto de la personalidad, sin embargo, de su propio concepto totalmente burgués de la personalidad, no se siente escéptico. Aquí viven unos seres bajo unas condiciones completamente nuevas e inauditas, por vez primera grandes masas están en posesión de sus bienes de producción, impidiendo a los individuos que utilicen su porción para la explotación de los demás. ¿Quizás desaparecerán así esas personalidades que se han ido formando bajo otras condiciones, y nacerán nuevos tipos de personalidades, destinadas a otras funciones de naturaleza social, con otras diferenciaciones? A tales personalidades no las llamaré personalidades.»<sup>9</sup>

La crítica que Brecht hace de Gide se caracteriza por su racionalismo y serenidad. No podía afirmarse lo mismo de la reacción de los partidos comunistas. Desde entonces y hasta su muerte le llamaron una hiena, un perverso cochino, y un emponzoñador. Si hoy vuelven a leerse sus libros, hay que admitir naturalmente, aunque

9. Bertolt Brecht, *Kraft und Schwäche der Utopie*, en: *Gesammelte Werke VIII* (Frankfurt/Main, 1967, págs. 434-437).

sea a regañadientes, que se han mantenido mejor que muchas de las cosas escritas en aquella época por sus enemigos marxistas. Algunas de sus observaciones sobre la burocracia y la represión, sobre la mendacidad oficial y los privilegios, sólo podrían despertar hoy en día reproches entre los más extremados sectarios. Es bien cierto que Gide se consideró injustificadamente un comunista, es cierto que teóricamente era nulo, políticamente ingenuo y sentimental en su partidismo. De todos modos su idealismo no le impidió publicar la siguiente tabla, por la cual en su día no quisieron interesarse lo más mínimo los representantes oficiales del Diamat:

	ingresos mínimos y máximos		ingresos usuales
Criadas (sin contar alojamiento y manutención) . . . .	50 —	60	
Pequeños empleados . . . .	80 —	250	130 — 180
Obreros . . . . .	70 —	400	125 — 200
Funcionarios medios, técnicos, grandes «responsables» y especialistas . . . . .	300 —	800	
Altos funcionarios, ciertos catedráticos, artistas y escritores . . . . .	1.500 —	10.000	

(para muchos se indican ingresos mensuales de 20.000 a 30.000 rublos)

Si la añeja crítica de Gide todavía resulta soportable hoy en día, incluso digna de leerse, se debe a una razón muy simple: es solidaria. Su solidaridad con los obreros y campesinos rusos está teñida de un moralismo protestante, y tampoco está desprovista de una niebla idealista.

A menudo incluso es simplista hasta parecer torpe. A pesar de ello nos da el criterio decisivo. Es precisamente esta solidaridad lo que distingue el relato de Gide de las peroratas de otros desengañados; lo que le separa definitivamente de toda la inmundicia anticomunista de la guerra fría, así como de la sabihondez y malicia que siguen hibernando hasta hoy en algunos escritos de la Nueva Izquierda.

Está claro que las actitudes de hoy no pueden ser comparadas con las de entonces. Desde los días de Gide han cambiado muchas cosas, incluso en relación a las posibilidades de viajar a países como la URSS. La infraestructura ha mejorado y el turismo se ha convertido, más allá de los huéspedes de la Revolución, en una institución social fija. Desde la oficina de viajes Intourist hasta el club de fútbol, desde el Ministerio de Asuntos Exteriores hasta la Liga de escritores, cualquier organización de cierta envergadura dispone hoy de especialistas que se encargan de forma rutinaria y discreta de las *délégacijs* extranjeras. La GPU ya no existe, y mencionar a su sucesora significaría, para los anfitriones como para los huéspedes, un *faux-pas*.

Por otra parte, la URSS ha dejado de ser desde hace tiempo la meta predilecta de los «turistas revolucionarios» y «radicales». El interés de ese extraño y ambiguo grupo se ha desplazado hacia las revoluciones más jóvenes, hacia las sociedades extraeuropeas de transición.

Las metas han quedado desplazadas, pero los mecanismos subjetivos y objetivos han permanecido iguales. Hoy como ayer sigue teniendo validez lo que Gide escribió de su viaje a la URSS:

«También la estupidez y malicia de muchos ataques contra la URSS contribuyen a que llevemos su defensa con una cierta obstinación. Aquellos vo-

10. André Gide, op. cit., pág. 404. Gide cita aquí la obra de M. Yvon, *Ce qu'est devenue la Révolution Russe*.

cingleros comenzarán a ensalzar el curso de las cosas en Rusia precisamente en el instante en que nosotros dejaremos de hacerlo; porque su alabanza sólo valdrá a los compromisos y difamaciones, a las desviaciones de la meta original, que sólo favorecen al grito malicioso de: '¡Aquí lo tenéis!'"<sup>11</sup>

Tampoco las objeciones con las cuales se quiere bloquear toda crítica de las sociedades socialistas de transición han cambiado apenas desde que Gide las enumeró en 1937:

«1.º que los abusos que yo había señalado, eran excepciones, de las cuales no debían sacarse conclusiones (porque no se podía negar su existencia);

»2.º que, para admirar la situación actual, sólo había que compararla con la anterior, la situación antes de la conquista (quise decir: antes de la Revolución);

»3.º que todo lo deplorado por mí poseía una profunda razón de ser, que yo no había sido capaz de ver: males provisionales en vistas a un inminente bienestar social, proporcionalmente más grande.»<sup>12</sup>

El estéril debate entre adoradores y defensores sigue adelante a toda costa, incluso a costa de la solidaridad con los pueblos de la cual se habla, siempre que quede sitio entre la altivez y la pérdida de realidad. Todavía tiene validez la sentencia de Trotsky:

«Tras el hostil comportamiento de la mayoría de los 'amigos' oficiales frente a toda crítica, en realidad no se oculta tanto el temor por la fragilidad del socialismo, como por la fragilidad de la propia simpatía para con él.»<sup>13</sup>

11. "Nouvelle Revue Française" (marzo 1936).

12. André Gide, op. cit.

13. León Trotsky, op. cit.

He aquí un ejemplo muy reciente a este respecto:

«*China después de la Revolución cultural* titula Maria Antonietta Macciocchi su reportaje. Un título más adecuado habría sido *Maria Antonietta en el País de las Maravillas*. Porque el libro de esta diputado del PC de Italia nos informa menos sobre China (que la autora visitó con su marido, redactor de política exterior del periódico *Unità*) que sobre la mentalidad pequeñoburguesa, característica de tantos intelectuales del Partido. La ceguera frente a las situaciones en el lugar de trabajo, la incomprensión por las condiciones de producción y por los costes humanos y sociales que comportan, así como la típica admiración por la multicolor sensualidad de la mercancía — todo esto se desprende del relato que la autora nos ofrece de un taller de tejidos de seda en Hangchú, que fabrica grandes series de 'retratos de Mao a quince colores': 'Miles de máquinas trabajan con rapidez, siempre con el mismo ritmo, y de los telares van surgiendo las enormes barbas de Marx y Engels, la puntiaguda de Lenin, el rostro de Mao bajo la gorra. Al lado mismo los gobelinos que reflejan acontecimientos históricos: Mao en la proclamación del 20 de mayo; Mao en albornoz antes de la famosa travesía del Yang-tse-kiang; Mao y Lin Piao bebiendo té; Mao redactando el primer periódico mural *Formar para el ataque contra el cuartel general*; Mao, Lin Piao y Chu-En-Lai en la tribuna de An-Man; Mao jugando al ping-pong. También los poemas de Mao se tejen en blanco y negro... La fábrica cuenta con 1.700 obreros, que trabajan día y noche, en tres turnos, para poder satisfacer la gran demanda.'

»También nosotros hemos visitado esa fábrica. Pero no sólo vimos allí los 'colores luminosos' de las grandes y pequeñas imágenes de Mao. Los obreros

están de pie en lugares completamente oscuros, donde se dañan la vista, y están expuestos a un ruido ensordecedor. El turno de día dura ocho horas y media, el de noche seis y media. Siete días de vacaciones al año. 56 días libres para las mujeres embarazadas, incluyendo el parto. Sueldos escalonados, premios económicos como estímulo material, fomento de la sección de proyectos frente a la de producción. La delegada comunista no ha visto ni oído nada de todo esto; no menciona nada. Cuando la encontramos hace poco y le preguntamos sus razones, nos contestó: '¿Acaso no conocéis las fábricas italianas?' Claro que las conocemos, tan bien como las norteamericanas o soviéticas. Sólo que nunca se nos ha ocurrido afirmar que Italia, los Estados Unidos o la URSS son países socialistas.

»Para la Macciocchi, por el contrario, China es un país socialista ideal, que ofrece 'un modelo de industrialización completamente nuevo'. Ello se debe a que ha frecuentado menos las fábricas que la compañía de funcionarios políticos, que la han llevado a los mejores restaurantes de Pekín.»<sup>14</sup>

No es ninguna casualidad, más bien la consecuencia política de dicha actitud, el que la inmensa mayoría de los «turistas radicales» ignoran con tenacidad la situación real de la clase obrera en los países de régimen socialista. Este evidente desinterés sólo queda parcialmente encubierto por la forma declamatoria de los relatos. Las habituales visitas a empresas y cooperativas de producción más bien complacen a tales visitantes, pues no son capaces de romper con la segregación social de los huéspedes, cuyo trato se limita a las personas oficiales de

14. Umberto Melotti, en: "*Terzo Mondo*" (Milán, marzo 1972, página 93). La obra enjuiciada es: Maria Antonietta Macchiocchi, *Dalla Cina, dopo la rivoluzione culturale* (Milán, 1971).

contacto pertenecientes al funcionariado, así como a los extranjeros, que viven en los mismos hoteles. Este aislamiento llega tan lejos, que incluso después de estancias de varias semanas o meses la mayoría de los turistas políticos no poseen la menor idea de las condiciones laborales que imperan en el país visitado. Por regla general son incapaces de contestar a preguntas sobre sueldos, horarios de trabajo, protección contra el despido, asignación de viviendas, sistemas de premios, nivel de vida y racionamiento. (En La Habana siempre he vuelto a encontrar, en los hoteles para extranjeros, comunistas que no tenían la más mínima idea de que por las tardes no funcionaban los suministros de agua y electricidad en los barrios obreros de la capital, de que el pan estaba racionado, y que el pueblo tenía que hacer colas de dos horas para conseguir una pizza. En los cuartos de sus hoteles, los turistas discutían mientras tanto sobre Lukács.)

De todas formas hay indicios de que entre los viajeros occidentales va aumentando la conciencia por la problemática de los países visitados. Cada vez hay más corresponsales que intentan romper el velo ideológico de su propio estatuto. La relación de ofuscación se hace más palpable allí donde se trata de los privilegios propios. Incluso allí donde no se percibe su sentido político, se los considera en medida creciente como escándalo moral, problematizándolos, como en las siguientes reflexiones de la norteamericana Susan Sontag, que visitó Hanoi en la primavera de 1968:

«Así, por ejemplo, al tercer día se nos condujo a una tienda donde nos compramos sandalias de goma y pantalones vietnamitas. Fue casi con orgullo de poseedor como Hieu y Phan nos explicaron que se trataba de una tienda muy especial, reservada sólo para extranjeros (diplomáticos y huéspedes) y funcionarios gubernamentales. ¿No deberían saber que tales privilegios no son comunistas? Pero

quizás estas reflexiones mías sólo demuestren lo 'americana' que soy.

»También durante las comidas en el Thong Nhat me encuentro algo desplazada. Cada comida y cena se compone de varios platos de pescado y carne (sólo comemos platos vietnamitas), y tan pronto queda vacía una de las grandes fuentes, viene la camarera y nos coloca otra nueva. Pero el 99 % de los vietnamitas cenan hoy arroz y son felices si una vez al mes reciben carne o pescado. Como es natural, no he dicho nada. Probablemente se habrían quedado confundidos o incluso ofendidos si les hubiera propuesto que no se nos ofrecieran raciones tan desproporcionadamente mayores a las del ciudadano medio. La hospitalidad derrochadora y (por lo que se ve) sacrificadora no deja de ser parte integrante de la cultura de Asia. ¿Cómo puedo esperar entonces, que atenten contra su sentido del decoro? Y sin embargo, me molesta... Del mismo modo me pongo a menudo nerviosa de que continuamente hayamos de ir en automóvil, incluso para recorrer distancias muy cortas. El Comité de la Paz ha alquilado dos coches —marca Volga—, que nos aguardan ante el hotel con sus respectivos chóferes, cada vez que querremos salir. La oficina del Frente Nacional de Liberación de Hanoi, que visitamos hace unos días, se encontraba apenas a dos manzanas de nuestro hotel, y también otras de nuestras metas no se encuentran muchas veces más allá de unas quince o veinte manzanas. ¿Por qué no se nos permite ir a pie? Bob, Andy y yo nos sentiríamos mucho mejor. ¿Acaso existe una regla que exija sólo lo mejor para los huéspedes? Una sociedad comunista debería renunciar a tales ostentaciones. ¿O acaso tenemos que ir en coche porque nos consideran unos extranjeros (¿occidentales? ¿americanos?) enclenques, a los que incluso hay que enseñar que se resguarden del sol?



Me intranquiliza que puedan pensar que el ir a pie no es digno de nosotros (en calidad de huéspedes oficiales, dignatarios o algo así). Cualquiera que sea su razón, en este aspecto no ceden un ápice. Así rodamos en el enorme coche feo por las calles repletas, los conductores tocan la bocina siempre que pueden, para que los peatones y ciclistas se aparten... Lo mejor sería que nos hubiesen dado también bicicletas. Ya se lo hemos insinuado varias veces a Oanh, pero por lo visto no quiere tomar en serio nuestra petición. ¿Y si se están riendo de nosotros? ¿O acaso nos consideran sencillamente estúpidos o descorteses o insensatos?»<sup>15</sup>

El único viajero del que sé que ha llevado el problema del «turismo radical» hasta sus últimas consecuencias, es el sueco Jan Myrdal. En el epílogo a su obra *Informe de un pueblo chino* (escrito en 1962 y publicado un año más tarde) y con una minuciosidad que, en vista de las usuales chapucerías en este campo, casi parece puritana, rinde cuentas de las circunstancias internas y externas de su viaje y de su propia situación. Sus reflexiones tienen, por consiguiente, valor de rareza. Su carácter modélico justifica algunas citas algo extensas.

a) *Sobre la cuestión de la financiación del viaje:*

«Económicamente, el viaje pudo realizarse gracias a dos bolsas de viaje bastante altas concedidas por el Fondo de Escritores Suecos, gracias a unos adelantos de mi editor sueco Norstedt & Söner y de la revista *Vi*, órgano de la Asociación Sueca de Cooperativas de Consumo, y a otras varias revistas y editoriales. Además pedimos dinero prestado. De esta forma nos financiamos nuestro viaje a China

15. Susan Sontag, *Viaje a Hanoi*.

y los desplazamientos dentro del país con medios propios. Seguramente podríamos haber sido huéspedes invitados, puesto que los chinos nos lo sugirieron en varias ocasiones en que hablamos de la reducción de nuestros gastos. El que no aceptáramos dicha oferta, se debió menos porque temiéramos ser sobornados —nunca me creí fácilmente sobornable, y tampoco creo que ninguna ventaja económica pudiera hacer cambiar mis opiniones—, pero odio todos los viajes relámpago y de placer financiados por medios oficiales. Las grandes potencias como la URSS, los Estados Unidos, China, Francia y la Gran Bretaña someten a los autores de los países pequeños como Suecia (y otros) a una bienintencionada presión económica, mediante distintas formas de viajes gratuitos 'con todos los gastos pagados'. Aunque no crea que yo sea sobornable, estoy en contra de este sistema como tal. Ejerce una influencia nefasta en la moral del escritor, que va en contra del libre desarrollo de sus ideas. Aunque no sea capaz de evitar esta práctica, por lo menos puedo rechazarla por mi parte. Sencillamente desconfío de las ofertas demasiado liberales, tanto si proceden de capitalistas, comunistas, liberales, conservadores, anarquistas o sencillamente de meros vendedores de palabras. Nunca me ha gustado tener que agradecer algo. Y no puedo comprender cómo el público —que al fin y al cabo es el que tiene que pagarlo todo— aguanta a todos estos políticos, autores y demás figuras públicas que con frases huecas acuden de banquete en banquete.

»Pero como nuestros medios no eran ilimitados, y puesto que en China sólo había y hay pocas facilidades para turistas de menguadas economías, nos vimos en ciertas dificultades. (...) Sin embargo, no es mi intención censurar a los chinos por ello; en todos los países recorridos hasta ahora, tuve que



discutir con la burocracia para poder llevar a cabo mi trabajo en paz. Los funcionarios chinos eran todos razonables, y había que invertir con ellos menos tiempo que en otros países para llegar a un acuerdo. Aparte de que no existía corrupción. Sencillamente cumplían con sus obligaciones, y yo admito haberlas querido eludir.»

b) *Sobre la cuestión de la vigilancia y el papel de los intérpretes:*

«Una de las premisas imprescindibles para un viaje a través de la China de hoy es el trabajo con intérpretes y guías. Nos fueron asignados a través de la Asociación del Pueblo Chino para las Relaciones Culturales con el Extranjero. Volveré a hablar del problema del intérprete, pero aquí sólo quisiera exponer que uno debe aceptar esta premisa como algo necesario; de lo contrario no puede moverse uno fuera de Pekín, Cantón y Shangai, y a veces no tan sólo allí. Es algo que no me gusta en absoluto. Pero se trata de un fenómeno que se está propagando de país en país. Incluso en Suecia se está comenzando ahora a controlar a los 'invitados', asignándoles guías que cuidan de que el extranjero contemple bien todo aquello que se quiere que vea. Me inquieta esta evolución. Alimenta mi temor de que en el mundo de mañana tendremos que soportar una vigilancia cada vez mayor. Pero en el presente caso no pude decir sencillamente que no, buscar una solución o cambiar mis intenciones. O bien tenía que aceptar la vigilancia de mi viaje, o tenía que quedarme en casa, donde probablemente también estaría vigilado de una forma u otra. Por mucho que me molestara, tuve que aceptar a la fuerza estas condiciones. (...)

»Nuestra intérprete principal se llamaba Pei Kwang-li. La habíamos traído desde Pekín. Era la

intérprete más laboriosa, de mayor capacidad de adaptación y facilidad de idiomas que encontré en China. Había probado varias intérpretes antes de entrar en contacto con ella. Trabajábamos ya unas dos semanas juntos, cuando llegamos a una aldea. En realidad ella debería haber regresado desde Yenan a Pekín, pero después de grandes esfuerzos conseguí que nos acompañara a Liu Ling. En aquella aldea fue de gran ayuda para mí, amable y alegre, y muy interesada por el trabajo. Más tarde me enteré que había sido criticada por su trabajo conmigo. Cuando regresamos a Pekín, ella tomó unas vacaciones, y después ya no se mostró tan amable, natural y habladora como durante el mes en Liu Ling. Más tarde, acabado ya el libro, hacía de intérprete nuestra durante el viaje a Yunnan. Pero se mostró fría, formal y dogmática e incluso discutió enérgicamente conmigo (lo cual significa mucho en China) por haber expresado opiniones 'antichinas'. Dado que en este caso sólo se trataba de nuestra opinión sobre el esfuerzo, el sudor y el hambre de los campesinos, que ella había comprendido tan bien en Liu Ling, sólo puedo explicarme su cambio de actitud pensando que a través de 'crítica y autocrítica' haya sido obligada a valorarnos a nosotros y a nuestro trabajo de forma diferente y a cambiar su opinión sobre nuestra forma de trabajar. Debido a ello recibí en Yunnan mucha menos información de la esperada.»

c) *Sobre la cuestión de los privilegios y de la hospitalidad.*

«Las autoridades de Yenan ponían mucho celo en que no pernoctáramos en la aldea. Nos prometieron que conseguirían la forma en que cada día fuéramos llevados allí y que pudiéramos regresar de nuevo al alojamiento. Nosotros queríamos vivir en la

aldea misma, y así se lo hicimos saber a las autoridades. El secretario de la aldea nos apoyaba en nuestros deseos todo lo que podía. Para él se trataba de un asunto de honor. Después de algunos tira y afloja las autoridades de Yenán hicieron suyos nuestros puntos de vista, aunque a regañadientes. (Esta oposición podría explicarse de distintas formas. Por ejemplo, que se quería que tuviéramos las máximas comodidades. Quizás sólo querían mostrarse amables con nosotros. No era culpa de ellos que dicha amabilidad hubiera imposibilitado entonces la existencia del presente libro.) Vivíamos en una cueva de piedra (que normalmente se utilizaba como cuarto oficial del secretario del Partido), y yo trabajaba en otra cueva (la sala de juntas de la brigada). Puesto que vivíamos en una cueva en una aldea de cuevas, comíamos los mismos alimentos que los aldeanos, y de continuo estábamos en contacto con ellos, resultaría fácil para nosotros afirmar que vivíamos igual que aquellas gentes. Pero eso habría sido una tergiversación romántica de la realidad. Éramos los primeros extranjeros que venían a vivir a la aldea, y el honor del pueblo exigía que nuestra cueva fuese encalada de inmediato y que se nos diera buena comida. Vivíamos bastante mejor que los habitantes de la aldea. (...)

»Como huésped de una aldea se come bien, incluso se come con un cierto respeto, porque uno sabe que aquello es el fruto del sudor de los anfitriones. Pero uno nunca da las gracias. Hay tanto orgullo en sus esfuerzos. No existe 'objetividad' en relación con la comida en una pobre aldea campesina. La comida no procede de una lata, y uno tampoco la lleva consigo, cuando viene de la ciudad. Pero yo no era un aldeano. Y tampoco vivía como un campesino chino.»

d) *Sobre la cuestión de la clase social de los interlocutores:*

«La decisión de limitar las entrevistas hacia arriba, esto es, no extenderlas demasiado a las capas burocráticas por encima de la aldea, ya existía en la idea básica del presente libro. Sin embargo, en un principio había tenido la intención de incluir en las conversaciones a algún funcionario de Yenán, que pudiera ofrecer una visión más amplia sobre la composición de la aldea. También intenté llevar a cabo dicha entrevista, para lo cual pasé una mañana en Yenán, donde conversé con el secretario local del Partido, un hombre joven. Pero por desgracia era tan dogmático y hablaba en tono tan oficial, que sus declaraciones no tenían ningún valor. (Este es, por cierto, un problema típico de toda Asia: la capa intermedia de la burocracia oficial es generalmente joven y dogmática; su falta de experiencia la hace ser tercas. Los campesinos ancianos y con experiencia son analfabetos totales; los jóvenes funcionarios administrativos de talento obtienen puestos bastante elevados; y la vieja generación revolucionaria, intelectualmente activa, con sus 'héroes nacionales', queda relegada paulatinamente a un segundo plano.) No reprocho nada al joven burócrata de Yenán. Era fiel a las directrices, pero cuando me soltó por las buenas: 'Aquí, en esta parte del país nunca hemos tenido problemas, nunca hemos incurrido en errores, y tampoco hoy tenemos problemas', di por acabada la conversación con unas cuantas frases amables y decidí no incluirla en el libro. Preferí regresar a la aldea para hablar con los campesinos.»<sup>16</sup>

Por mucho cuidado que Jan Myrdal haya puesto en reflexionar acerca de toda la problemática que plantea

16. Jan Myrdal, *Informe desde una aldea china*.

toda 'visita' a una sociedad de transición, y por muy convincente que parezca su relato, no puede ofrecer una solución general a estas dificultades. No sólo presupone una actitud cambiada del viajero, sino también un cambio en las condiciones objetivas. Sólo cuando quede superado el aislamiento de los países de régimen socialista, sólo cuando en el socialismo se establezca completamente la liberalidad no sólo para los huéspedes extranjeros, sino para toda la población laboral, desaparecerá el sistema de *delegaciya*. Cuando cada cual pueda escoger libremente sus acompañantes; cuando la infraestructura esté suficientemente desarrollada para asegurar alojamiento, manutención y transporte a todo aquél que viaja; sólo cuando haya desaparecido la dependencia total de las instituciones de control, entonces el sistema de *delegaciya* no acabará necesariamente, pero el soborno, la dependencia, la segregación de la población laboral, la pérdida de realidad, así como la ausencia de crítica, con todos los privilegios que constituyen su substrato, no serán más que camisas de fuerza de las que se podrá desprender todo aquél que no se encuentre a gusto en ellas.

Una evolución de este tipo es previsible como fenómeno concomitante necesario, aunque no planeado ni deseado, de cualquier política global de coexistencia. Aunque sus aspectos dudosos no constituyan ningún secreto. Señalar sus factores positivos, no significa caer en manos de las burdas teorías de convergencia, tan queridas por los observadores burgueses. Por otra parte también es imaginable que la izquierda de los países occidentales no utilice las nuevas posibilidades que se vislumbran aquí. Hasta ahora hay muy pocos indicios de que quienes en estas latitudes se consideran socialistas, asimilen la confrontación con los intentos de su puesta en práctica.

Ahora, cuando las dificultades objetivas disminuyen, cuando en muchos países cada vez se puede hablar menos de que los interlocutores están expuestos a peligros, cuando el viajar deja de ser indicio de un privilegio,

ahora sería posible acometer por fin una tarea que nadie ha realizado hasta el momento: el análisis de las sociedades socialistas, o que por lo menos se autodenominan así. Este estudio no pueden llevarlo a cabo emisarios aislados. Hemos intentado demostrar las razones de su fracaso.

Pero aquél que hoy en día despotrica contra el «turismo revolucionario» de los últimos cincuenta años con el sólo objeto de ocultar su propio desinterés, ya no encontrará fácil respuesta cuando en la taberna, en la calle, en las reuniones o en las manifestaciones callejeras se le pregunta la razón por la que todavía no ha ido «al Este».